

FREUD Y LA ESCENA DE LA ESCRITURA

Jacques Derrida

Traducción de Patricio Peñalver en *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 271-317. Edición digital de Derrida en castellano.

Este texto es un fragmento de una conferencia pronunciada en el Institut de psychanalyse (Seminario del Dr. Green). Se trataba entonces de abrir un debate en torno a ciertas proposiciones expuestas en ensayos anteriores, especialmente en *De la grammatologie* (Critique, 223 y 224).

¿Tenían su lugar dentro del campo de una interrogación psicoanalítica tales proposiciones, que seguirán estando presentes aquí, en segundo plano? ¿Dónde se situaban aquéllas, en cuanto a sus conceptos y a su sintaxis, en relación con dicho campo?

La primera parte de la conferencia concernía a la más amplia generalidad de esta cuestión. Los conceptos centrales eran los de presencia y de archihuella. Indicamos secamente en sus títulos las etapas principales de esa primera parte.

1. A pesar de las apariencias, la desconstrucción del logocentrismo no es un psicoanálisis de la filosofía.

Estas apariencias: análisis de un rechazo y de una represión histórica de la escritura desde Platón. Este rechazo constituye el origen de la filosofía como episteme, de la verdad como unidad del logos y de la phoné.

Represión y no olvido; represión y no exclusión. La represión, dice bien Freud, no repele, ni rehuye, ni excluye una fuerza externa, sino que contiene una representación interna, diseña dentro de sí un espacio de represión. Aquí, lo que representa una fuerza, en la forma de la escritura -interna y esencial a la palabra-, ha sido contenido fuera de la palabra.

Represión no lograda: en vías de desconstitución histórica. Es esta desconstitución lo que nos interesa, es este no-estar-logrado lo que confiere a su devenir una cierta legibilidad y lo que limita su opacidad histórica. «La represión fallida tendrá más interés para nosotros que la que alcanza algún logro y que normalmente se sustrae a nuestro estudio», dice Freud (G. W., X, p. 256).

La forma sintomática del retorno de lo reprimido: la metáfora de la escritura que obsesiona el discurso europeo, y las contradicciones sistemáticas en la exclusión onto-teológica de la huella. La represión de la escritura como lo que amenaza la presencia y el dominio de la ausencia.

El enigma de la presencia «pura y simple» como duplicación, repetición originaria, auto-afección, diferencia. Distinción entre el dominio de la ausencia como palabra y como escritura. La escritura en la palabra. Alucinación como palabra y alucinación como escritura.

La relación entre foné y conciencia. El concepto freudiano de representación verbal como preconsciencia. El logofonocentrismo no es un error filosófico o histórico en el que se habría precipitado accidentalmente, patológicamente la historia de la filosofía, o incluso del mundo, sino un movimiento y una estructura necesarias y necesariamente finitas: historia de la posibilidad simbólica en general (antes de la distinción entre el hombre y el animal, e incluso entre vivo y no-vivo); historia de la diferencia, historia como diferencia; que encuentra en la filosofía como episteme, en la forma europea del proyecto metafísico u onto-teológico, la manifestación privilegiada, dominadora mundial de la disimulación, de la censura en general, del texto en general.

2. Ensayo de justificación de una reticencia teórica a utilizar los conceptos freudianos a no ser entre comillas: como que pertenecen todos ellos, sin excepción, a la historia de la metafísica, es decir, al sistema de represión logocéntrica que se ha organizado para excluir o rebajar, poner fuera y abajo, como metáfora didáctica y técnica, como materia servil o excremento, el cuerpo de la huella escrita.

Por ejemplo, la represión logocéntrica no es inteligible a partir del concepto freudiano de represión: por el contrario, permite comprender cómo una represión individual y original se hace posible en el horizonte de una cultura y un ámbito de dependencia histórica.

Por qué no se trata ni de seguir a Jung ni de seguir el concepto freudiano de huella mnémica hereditaria. Indudablemente el discurso freudiano -su sintaxis, o si se quiere, su trabajo- no se confunde con esos conceptos necesariamente metafísicos y tradicionales. Indudablemente, no se agota en esa relación de dependencia. Es lo que atestiguan ya las precauciones y el «nominalismo» con los que Freud maneja lo que llama las convenciones y las hipótesis conceptuales. Y un pensamiento de la diferencia se atiene menos a los conceptos que al discurso. Pero Freud no ha reflexionado jamás en el sentido histórico y teórico de estas precauciones.

Necesidad de un inmenso trabajo de desconstrucción de estos conceptos y de las frases metafísicas que se condensan y se sedimentan en ellos. Complicidades metafísicas del psicoanálisis y de las ciencias llamadas ciencias humanas (los conceptos de presencia, de percepción, de realidad, etc.). El fonologismo lingüístico.

Necesidad de una cuestión explícita sobre el sentido de la presencia en general: comparación entre la trayectoria de Heidegger y la de Freud. La época de la presencia, en el sentido heideggeriano, y su nevadura central, desde Descartes a Hegel: la presencia como conciencia, la presencia a sí pensada en la oposición consciente/

inconsciente. Los conceptos de archi-huella y de diferancia: por qué no son ni freudianos ni heideggerianos.

La diferancia, pre-abertura de la diferencia óntico-ontológica (cf. De la grammatologie, p. 129) y de todas las diferencias que surcan la conceptualidad freudiana, tales como las que pueden, es sólo un ejemplo, organizarse alrededor de la diferencia entre el «placer» y la «realidad», o derivarse de ella. La diferencia entre el principio de placer y el principio de realidad, por ejemplo, no es sólo, ni en primer lugar, una distinción, una exterioridad, sino la posibilidad originaria, en la vida, del rodeo, de la diferancia (Aufschub) y de la economía de la muerte (cf. Jenseits. G. W., XIII, p. 6).

Diferancia e identidad. La diferancia en la economía de lo mismo. Necesidad de sustraer el concepto de huella y de diferancia a todas las oposiciones conceptuales clásicas. Necesidad del concepto de archi-huella y de la tachadura de la arquía. Como mantiene la legibilidad de la arquía, esta tachadura significa la relación de pertenencia pensada a la historia de la metafísica (De la grammatologie, II, p. 32).

¿En qué aspecto seguirían estando amenazados por la metafísica y el positivismo los conceptos freudianos de escritura y de huella? Sobra la complicidad de estas dos amenazas en el discurso de Freud.

Worin die Bahnung sonst besteht, bleibt dahingestellt.

Por otra parte, queda abierta la cuestión de en qué consiste el abrirse-paso (frayage).

Bosquejo de una psicología científica, 1895

Tenemos una ambición muy limitada: reconocer en el texto de Freud ciertos puntos de referencia y aislar, en el umbral de una reflexión organizada, aquello que en el psicoanálisis no se deja comprender bien dentro de la clausura logocéntrica, en tanto que ésta delimita no sólo la historia de la filosofía sino el movimiento de las «ciencias humanas», especialmente de una cierta lingüística. Si la irrupción freudiana tiene una originalidad, ésta no le viene de la coexistencia pacífica o de la complicidad teórica con esa lingüística, al menos en su fonologismo congénito.

Pero no es un azar que Freud, en los momentos decisivos de su itinerario, recurra a modelos metafóricos que no están tomados de la lengua hablada, de las formas verbales, ni siquiera de la escritura fonética, sino de una grafía que no está nunca

sometida, como exterior y posterior, a la palabra. Freud apela con ella a signos que no vienen a transcribir una palabra viva y plena, presente a sí y dueña de sí. A decir verdad, y este va a ser nuestro problema, en esos casos Freud no se sirve simplemente de la metáfora de la escritura no fonética; no considera conveniente manejar metáforas escriturales con fines didácticos. Si esa metafórica es indispensable, es porque aclara, quizás, de rechazo, el sentido de la huella en general, y en consecuencia, articulándose con éste, el sentido de la escritura en el sentido corriente. Indudablemente Freud no maneja metáforas si manejar metáforas es hacer alusión con lo conocido a lo desconocido. Mediante la insistencia de su inversión metafórica, vuelve enigmático, por el contrario, aquello que se cree conocer bajo el nombre de escritura. Se produce aquí, quizás, un movimiento desconocido para la filosofía clásica, en alguna parte entre lo implícito y lo explícito. Desde Platón y Aristóteles no se ha dejado de ilustrar mediante imágenes gráficas las relaciones de la razón y la experiencia, de la percepción y la memoria. Pero jamás se ha dejado de reafirmar ahí una confianza en el sentido del término conocido y familiar, a saber, la escritura. El gesto que esboza Freud interrumpe esa seguridad, y abre un tipo nuevo de cuestión acerca de la metaforicidad, la escritura y el espaciado en general.

Nos dejamos guiar en nuestra lectura por esa inversión metafórica. Acabará invadiendo la totalidad de lo psíquico. El contenido de lo psíquico será representado por un texto de esencia irreductiblemente gráfica. La estructura del aparato psíquico será representada por una máquina de escribir. ¿Qué cuestiones nos impondrán estas representaciones? No habrá que preguntarse si un aparato de escritura, por ejemplo el que describe la Nota sobre el bloc mágico, es una buena metáfora para representar el funcionamiento del psiquismo; sino qué aparato hay que crear para representar la escritura psíquica, y qué significa, en cuanto al aparato y en cuanto al psiquismo, proyectar y liberar la imitación, en una máquina, de una cosa tal como la escritura psíquica. No si el psiquismo es realmente una especie de texto, sino: ¿qué es un texto y qué tiene que ser lo psíquico para ser representado por un texto? Pues si no hay ni máquina ni texto sin origen psíquico, no hay, tampoco, nada psíquico sin texto. ¿Cómo tiene que ser, finalmente, la relación entre lo psíquico, la escritura y el espaciado, para que sea posible ese paso metafórico, no sólo ni primeramente dentro de un discurso teórico, sino en la historia del psiquismo, del texto y de la técnica?

El abrirse-paso y la diferencia

Desde el Proyecto (1895) a la Nota sobre el bloc mágico (1925), tiene lugar un extraño avance: se va elaborando una problemática del abrirse-paso hasta conformarse cada vez más en una metafórica de la huella escrita. A partir de un sistema de huellas, funcionando según un modelo que Freud habría pretendido considerar natural, y del que la escritura está completamente ausente, se nos orienta hacia una configuración de huellas que no se puede representar ya más que por la estructura y el funcionamiento de una escritura. Al mismo tiempo, el modelo estructural de la escritura al que Freud apela inmediatamente después del Proyecto no cesa de diversificarse y

de aguzar su originalidad. Se ensayarán y se abandonarán todos los modelos mecánicos hasta el descubrimiento del Wunderblock, máquina de escritura de una complejidad maravillosa, en la que se proyectará el conjunto del aparato psíquico. En él se representará la solución de todas las dificultades anteriores, y la Nota, signo de una tenacidad admirable, responderá muy exactamente a las cuestiones del Proyecto. En algunas de sus piezas, el Wunderblock realizará el aparato que Freud en el Proyecto juzgaba «de momento inimaginable» («De momento no podemos imaginar un aparato que cumpliera una operación tan complicada»), y que había suplido entonces por una fábula neurológica cuyo esquema y cuya intención en cierto modo no abandonará jamás.

En 1895 se trataba de explicar la memoria al estilo de las ciencias naturales, de «proponer una psicología como ciencia natural, es decir, de representar los hechos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales distintas». Ahora bien, «una de las propiedades principales del tejido nervioso es la memoria, es decir, de una manera muy general, la capacidad de ser alterado de manera duradera por hechos que sólo se producen una vez». Y «toda teoría psicológica digna de atención tiene que proponer una explicación de la “memoria”». La cruz de esa explicación, lo que hace el aparato casi inimaginable, está en que le es necesario dar cuenta a la vez, como hará la Nota, treinta años más tarde, de la permanencia de la huella y de la virginidad de la sustancia que la acoge, del grabado de los surcos y de la desnudez siempre intacta de la superficie receptiva o perceptiva: aquí, de las neuronas. «Las neuronas tienen, pues, que ser impresionadas, pero quedar también inalteradas, no prevenidas (unvorengekommen).» Al rechazar la distinción, corriente en su época, entre «células de percepción» y «células de recuerdos», Freud construye entonces la hipótesis de las «rejas de contacto» y del «abrirse-paso» (Bahnung), de la penetración del camino (Bahn). Sea lo que sea lo que se piense de la fidelidad o de las rupturas futuras, esta es una hipótesis notable, desde el momento en que se la considere como un modelo metafórico y no como una descripción neurológica. El abrirse-paso, el camino trazado abre una vía conductora. Lo cual supone una cierta violencia y una cierta resistencia ante la fractura. La vía es rota, quebrada, fracta, abierta. Pero habría dos tipos de neuronas: las neuronas permeables (f), que no ofrecen ninguna resistencia y que en consecuencia no retienen ninguna huella de las impresiones, serían las neuronas de la percepción; otras neuronas (c) opondrían rejas de contacto a la cantidad de excitación y conservarían así su huella impresa; éstas «ofrecen, pues, una posibilidad de representarse (darzustellen) la memoria». Primera representación, primera puesta en escena de la memoria. (La Darstellung es la representación, en el sentido vago de la palabra, pero también a menudo en el sentido de la figuración visual, y a veces de la representación teatral. Nuestra traducción variará según la inflexión del contexto.) Freud sólo atribuye cualidad psíquica a estas últimas neuronas. Éstas son las «portadoras de la memoria, y en consecuencia, probablemente, de los hechos psíquicos en general». La memoria no es, pues, una propiedad del psiquismo entre otras, es la esencia misma de lo psíquico. Resistencia y por eso mismo abertura a la huella que rompe.

Pero suponiendo que Freud no pretenda aquí hablar más que en el lenguaje de la cantidad plena y presente, suponiendo que, y eso al menos es lo que parece, pretenda instalarse en la oposición simple de la cantidad y la cualidad (quedando reservada ésta a la transparencia pura de una percepción sin memoria), el concepto de abrirse-paso se muestra ahí en su intolerancia. La igualdad de las resistencias al abrirse-paso o la equivalencia de las fuerzas del abrirse-paso reduciría toda preferencia en la elección de los itinerarios. La memoria quedaría paralizada. La diferencia entre los varios pasos-abiertos (frayages), tal es el verdadero origen de la memoria y, en consecuencia, del psiquismo. Sólo esta diferencia libera la «preferencia de la vía» (Wegbevorzugung): «La memoria está representada (dargestellt) por las diferencias de los actos de abrirse-paso entre las neuronas c». No hay que decir, pues, que el abrirse-paso sin la diferencia no basta para la memoria; hay que precisar que no hay abrirse-paso puro sin diferencia. La huella como memoria no es un abrirse-paso puro que siempre podría recuperarse como presencia simple, es la diferencia incapturable e invisible entre los actos de abrirse-paso. Se sabe ya, pues, que la vida psíquica no es ni la transparencia del sentido ni la opacidad de la fuerza, sino la diferencia en el trabajo de las fuerzas. Nietzsche lo decía bien.

Que la cantidad se convierta en psyché y mnéme más por las diferencias que por las plenitudes es algo que no deja de confirmarse en adelante, en el Proyecto mismo. La repetición no añade ninguna cantidad de fuerza presente, ninguna intensidad, reedita la misma impresión: tiene, sin embargo, poder de abrirse-paso. «La memoria, es decir, la fuerza (Macht), siempre en acción, de una experiencia, depende de un factor que se llama la cantidad de la impresión, y de la frecuencia de repetición de la misma impresión.» El número de repeticiones se añade, pues, a la cantidad (Qh) de la excitación y estas dos cantidades son de dos órdenes absolutamente heterogéneos. Repeticiones sólo las hay discretas y no actúan como tales más que por el diastema que las mantiene separadas. Finalmente, si el abrirse-paso puede suplir la cantidad actualmente en acción o añadirse a ella, es porque ciertamente es análoga a ésta, pero también diferente: la cantidad «puede ser reemplazada por la cantidad más el abrirse-paso que de ahí resulte». No nos apresuremos a determinar como cualidad otra cosa que la cantidad pura: se transformaría la fuerza mnémica en consciencia presente y percepción translúcida de las cualidades presentes. Así, ni la diferencia entre las cantidades plenas, ni el intersticio entre las repeticiones de lo idéntico, ni el abrirse-paso mismo se dejan pensar en la oposición de la cantidad y de la cualidad.[i] De ella no puede derivarse la memoria, éstas escapa a las posiciones tanto de un «naturalismo» como de una «fenomenología».

Todas estas diferencias en la producción de la huella pueden reinterpretarse como momentos de la diferencia. Según un motivo que no dejará de regir el pensamiento de Freud, se describe este movimiento como esfuerzo de la vida que se protege a sí misma difiriendo la inversión peligrosa, es decir, constituyendo una reserva (Vorrat). El gasto o la presencia amenazadores son diferidos con la ayuda del abrirse-paso o de la repetición. ¿No es ya esto el rodeo (Aufschub) que instaura la relación del placer con la realidad (Jenseits, ya citado)? ¿No es ya esto la muerte en el principio de una vida que no puede defenderse contra la muerte más que por la economía de la muerte, la

diferencia, la repetición, la reserva? Pues la repetición no sobreviene a la impresión primera, su posibilidad está ya ahí, en la resistencia que ofrecen las neuronas psíquicas la primera vez. La resistencia misma no es posible más que si la oposición de fuerzas perdura o se repite originariamente. Lo que se vuelve enigmático es la idea misma de primera vez. Esto que anticipamos aquí no nos parece contradictorio con lo que Freud dirá más adelante: «... el abrirse-paso es probablemente el resultado del pasar único (einmaliger) de una gran cantidad». Aun suponiendo que esta afirmación no remita poco a poco al problema de la filogénesis y de los pasos-abiertos hereditarios, se puede seguir sosteniendo que en la primera vez del contacto entre dos fuerzas, la repetición ha comenzado. La vida está ya amenazada por el origen de la memoria que la constituye y por el abrirse-paso al que aquélla resiste, por la rotura que no puede contener más que repitiéndola. Es por la fractura que produce el abrirse-paso por lo que, en el Proyecto, Freud le reconocía un privilegio al dolor. De una cierta manera, no hay ningún abrirse-paso sin un comienzo de dolor y «el dolor deja tras de sí particularmente ricos pasos-abiertos». Pero más allá de una cierta cantidad, el dolor, origen amenazador del psiquismo, debe ser diferido, como la muerte, pues puede «hacer fracasar» «la organización» psíquica. A pesar del enigma de la «primera vez» y de la repetición originaria (antes, claro está, de toda distinción entre la repetición llamada normal y la repetición llamada patológica), es importante que Freud atribuya todo este trabajo a la función primaria y excluya de ella toda derivación. Atendamos a esa no-derivación, incluso si ésta no hace sino más densa la dificultad del concepto de «primariedad» y de intemporalidad del proceso primario, e incluso si esa dificultad no deja en ningún momento de agravarse en adelante. «Como a pesar suyo, piensa uno aquí en el esfuerzo originario del sistema de neuronas, esfuerzo que persevera a través de todas las modificaciones para ahorrarse la sobrecarga de cantidad (Qh) o para reducirla en lo posible. Presionado por la urgencia de la vida, el sistema neuronal se ha visto forzado a conservar una reserva de cantidad (Qh). Para este fin he tenido que multiplicar sus neuronas y éstas tenían que ser impermeables. Aquél se evita así el ser ocupado, investido por la cantidad (Qh), al menos en cierta medida, en cuanto que instituye los pasos-abiertos. Se ve, pues, que los pasos-abiertos sirven a la función primaria.»

Indudablemente la vida se protege a sí misma mediante la repetición, la huella, la diferencia. Pero hay que tener cuidado con esa formulación: no hay vida primero presente, que a continuación llegase a protegerse, a aplazarse, a reservarse en la diferencia. Ésta constituye la esencia de la vida. Más bien, como la diferencia no es una esencia, como no es nada, no es tampoco la vida, si el ser se determina como *ousia*, presencia, esencia/existencia, sustancia o sujeto. Hay que pensar la vida como huella antes de determinar el ser como presencia. Esa es la única condición para poder decir que la vida es la muerte, que la repetición y el más allá del principio del placer son originarios, y congénitos de aquello que precisamente transgreden. Cuando Freud escribe en el Proyecto que «los pasos-abiertos sirven a la función primaria», nos impide ya dejarnos sorprender por Más allá del principio del placer. Freud hace justicia a una doble necesidad: reconocer la diferencia en el origen, y al mismo tiempo tachar el concepto de primariedad: ya no habrá que sorprenderse por la Traumdeutung que lo define como una «ficción teórica» en un párrafo sobre el «retardo» (Verspätung) del

proceso secundario. Así pues, es el retardo lo que es originario.[iii] Sin eso, la diferencia sería la demora que se le concede a una consciencia, a una presencia a sí del presente. Diferir no puede significar, pues, retardar un presente posible, suspender un acto, aplazar una percepción posible ya y ahora. Ese posible no es posible sino por la diferencia que hay que concebir, pues, de otro modo que como un cálculo o una mecánica de la decisión. Decir de ella que es originaria es al mismo tiempo borrar el mito de un origen presente. Por eso hay que entender «originario» bajo tachadura, si no fuera así se derivaría la diferencia de un origen pleno. Es el no-origen lo que es originario.

Más bien que renunciar a él, quizás hay que volver a pensar, pues, el concepto del «diferir». Eso es lo que quisiéramos hacer; y eso sólo es posible si se determina la diferencia fuera de todo horizonte teleológico o escatológico. No es fácil. Anotémoslo de paso: los conceptos de *Nachträglichkeit* y de *Verspätung*, conceptos rectores de todo el pensamiento freudiano, conceptos determinantes de todos los demás conceptos, están ya presentes, e invocados por su nombre, en el Proyecto. La irreductibilidad del «retardamiento»: éste es, sin duda, el descubrimiento de Freud. Este descubrimiento, Freud lo pone en práctica hasta en sus últimas consecuencias y más allá del psicoanálisis del individuo. Según él, la historia de la cultura tiene que confirmarlo. En *Moisés y el monoteísmo* (1937), la eficacia del retardamiento y del «a destiempo» (*l'après-coup*) cubre amplios intervalos históricos (G. W., XVI, pp. 238 y 239). El problema de la latencia, por otra parte, se comunica ahí de manera muy significativa con el de la tradición oral y la tradición escrita (pp. 170 y ss.).

Aunque en ningún momento, en el Proyecto, se le llame al abrirse-paso escritura, las exigencias contradictorias a las que va a responder el Bloc mágico están ya formuladas en términos literalmente idénticos: «retener aun permaneciendo capaz de recibir».

Las diferencias en el trabajo del abrirse-paso no conciernen sólo a las fuerzas sino también a los lugares. Y Freud pretende ya pensar al mismo tiempo la fuerza y el lugar. Es el primero en no creer en el carácter descriptivo de esta representación hipotética del abrirse-paso. La distinción entre las categorías de neuronas «no tiene ninguna base reconocida, al menos en cuanto a la morfología, es decir, a la histología». Es el índice de una descripción tópica que el espacio exterior, familiar y constituido, la exterioridad de las ciencias naturales, no podría abarcar. Por eso, bajo el título de «punto de vista biológico», la «diferencia de esencia» (*Wesensverschiedenheit*) entre las neuronas es «reemplazada por una diferencia de ámbito de destino» (*Schicksals-Milieuverschiedenheit*): diferencias puras, diferencias de situación, de conexión, de localización, de relaciones estructurales, más importantes que los términos de soporte, y para los que la relatividad del afuera y del adentro es siempre arbitral. El pensamiento de la diferencia no puede ni prescindir de una tópica ni aceptar las representaciones corrientes del espaciamento.

Esta dificultad se agudiza todavía más cuando hay que explicar las diferencias puras por excelencia: las de la cualidad, es decir, para Freud, las de la consciencia. Hay que explicar «lo que conocemos, de manera enigmática (*rätselhaft*), gracias a nuestra

“consciencia”». Y «puesto que esta consciencia no conoce nada de lo que hemos tomado en consideración hasta aquí, [la teoría] tiene que explicarnos precisamente esa ignorancia». Ahora bien, las cualidades son, ciertamente, diferencias puras: «La consciencia nos da lo que se llaman cualidades, una gran diversidad de sensaciones, que son de otro modo (anders) y cuyo ser de otro modo (Anders) se diferencia (unterschieden wird) según las referencias al mundo exterior. En este de otro modo hay series, semejanzas, etc., pero no hay propiamente ninguna cantidad. Cabe preguntarse cómo nacen estas cualidades y dónde nacen estas cualidades».

Ni fuera ni dentro. No puede ser en el mundo exterior donde el físico sólo conoce cantidades, «masas en movimiento y ninguna otra cosa». Ni en la interioridad de lo psíquico, es decir, de la memoria, pues la «reproducción y el recuerdo» están «desprovistos de cualidad» (qualitätslos). Como no es cosa de renunciar a la representación tópica, «hay que llegar a tener el valor de suponer que hay un tercer sistema de neuronas, neuronas perceptivas en cierto modo; este sistema, excitado con los otros durante la percepción, no lo sería ya durante la reproducción y sus estados de excitación proporcionarían las diferentes cualidades, es decir, serían las sensaciones conscientes». Anunciando cierta hoja intercalada del bloc mágico, Freud, molesto por su «jerga», dice a Fliess (carta 39, 1-1-96) que intercala, que «hace deslizar» (schieben) las neuronas de percepción (v) entre las neuronas f y c.

De esta última audacia nace una «dificultad aparentemente inaudita»: acabamos de encontrar una permeabilidad y un abrirse-paso que no proceden de ninguna cantidad. ¿De qué, pues? Del tiempo puro, de la temporalización pura en lo que la une al espaciamento: de la periodicidad. Sólo el recurso a la temporalidad y a una temporalidad discontinua o periódica permite resolver la dificultad, y habría que meditar pacientemente sus implicaciones. «No veo más que una salida... hasta aquí, no había considerado el flujo de la cantidad más que como la transferencia de una cantidad (Qh) de una neurona a otra. Pero ha de tener otra característica, una naturaleza temporal.»

Si la hipótesis discontinuista «va más lejos», lo subraya Freud, que la «explicación fisicalista», mediante el período, es porque aquí las diferencias, los intervalos, la discontinuidad son registrados, «apropiados» sin su soporte cuantitativo. Las neuronas perceptivas, «incapaces de recibir cantidades, se apropian del período de la excitación». Diferencia pura, de nuevo, y diferencia entre los diastemas. El concepto de período en general precede y condiciona la oposición de la cantidad y la cualidad, con todo lo que esa oposición rige. Pues «las neuronas tienen también su período, pero éste carece de cualidad, o mejor dicho, es monótono». Lo veremos, de este discontinuismo se hará cargo fielmente la Nota sobre el bloc mágico: como en el Proyecto, última punta de la audacia desatando una última aporía.

La continuación del Proyecto dependerá por completo de esta apelación incesante y cada vez más radical al principio de la diferencia. Constantemente se reencuentra ahí, bajo una neurología indicativa, que juega el papel representativo de un montaje artificial, el obstinado proyecto de dar cuenta del psiquismo por el espaciamento, por una topografía de las huellas, por un mapa de los actos de abrirse-paso; proyecto de

situar la consciencia o la cualidad en un espacio, cuya estructura y cuya posibilidad hay, pues, que volver a pensar; y proyecto de describir «el funcionamiento del aparato» por diferencias y situaciones puras, de explicar cómo «la cantidad de excitación se expresa en c por la complicación, y la cualidad por la tónica». Es a causa de la naturaleza original de ese sistema de diferencias y de esta topografía, y de que no debe dejar nada fuera de sí, por lo que Freud multiplica durante el montaje del aparato los «actos de valentía», las «hipótesis extrañas pero indispensables» (a propósito de las neuronas «secretoras» o neuronas «clave»). Y cuando renuncie a la neurología y a las localizaciones anatómicas, no será para abandonar sino para transformar sus preocupaciones topográficas. Entonces, la escritura entrará en escena. La huella se hará grama; y el medio del abrirse-paso, un espaciado cifrado.

La lámina y el suplemento de origen

Unas semanas después del envío del Proyecto a Fliess, en el curso de una «noche de trabajo», todos los elementos del sistema se ordenan en una «máquina». No es todavía una máquina de escribir: «Todo parecía encajar en el lugar correspondiente; los engranajes ajustaban a la perfección y el conjunto semejava realmente una máquina que pronto podría echar a andar sola».[iii] Pronto: a los treinta años. Sola: casi.

Poco más de un año después, la huella empieza a convertirse en escritura. En la carta 52 (6-12-96), todo el sistema del Proyecto se reconstituye dentro de una conceptualidad gráfica todavía inédita en Freud. No es sorprendente que eso coincida con el paso de lo neurológico a lo psíquico. En medio de esta carta, las palabras «signo» (Zeichen), inscripción (Niederschrift), transcripción (Umschrift). No sólo se define en ella explícitamente la comunicación de la huella y del retardo (es decir, de un presente no constituyente, originariamente reconstituido a partir de los «signos» de la memoria), sino que el sitio de lo verbal se le asigna ahí a la interioridad de un sistema de escritura estratificado que está muy lejos de dominar: «Como sabes, estoy trabajando sobre la hipótesis de que nuestro aparato psíquico se ha constituido por una superposición de estratos (Aufeinanderschichtung), es decir, que de tanto en tanto el material existente en forma de huellas mnémicas (Erinnerungsspuren) se somete a una reestructuración (Umordnung), según nuevas relaciones, a una transcripción (Umschrift). Lo esencialmente nuevo en mi teoría es la afirmación de que la memoria no está presente una sola y única vez sino que se repite, se consigna (niederlegt) en diferentes clases de signos... No sabría decir cuál es el número de estas inscripciones (Niederschriften). Por lo menos son tres, probablemente más... las inscripciones individuales están separadas (no necesariamente de manera tónica) en cuanto a las neuronas que son sus portadoras... Percepción. Son las neuronas en las que aparecen las percepciones, a las que se vincula la consciencia, pero que no retienen en sí mismas ninguna huella de lo que sucede. Pues la consciencia y la memoria se excluyen mutuamente. Signo de percepción. Es la primera inscripción de las percepciones, totalmente incapaz de acceder a la consciencia, y constituida mediante asociación simultánea... Inconsciente. Es la segunda inscripción... Preconsciente. Es la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

